

Alfonso Hernández Catá

Canción del anhelo cobarde

Oí cantarme la sirena
orilla, orilla del mar.
Le pudo el miedo al deseo:
 Di un paso atrás.

Vi llamarme el torbellino
orilla, orilla del viento,
Le pudo el freno al impulso:
 Me quedé quieto.

Sentí hablarme la virtud
orilla, orilla de Dios.
Le pudo la arcilla al alma:
 Desoí la voz.

Viví un sueño de soberbia
orilla, orilla del mal.
El terror pudo al orgullo:
 Logré despertar.

Oh, sirena, torbellino,
voz celeste, voz de infierno,
¿por qué me buscáis a mí,
que orilla, orilla me quedo?

Funerales

Por los trozos de carne dolorida
que con violencia o ciencia nos arranca
La Fiera-Muerte cuando muere y huye
ante el golpe pujante de la Vida,
un doble de campanas y un suspiro:
(¡Que esperen bajo tierra a la otra carne
hasta que llame la trompeta a juicio!)

Por esas almas tenues, impacientes,
y torturadas,
que rompen la razón, se van, y dejan
casi un cadáver que aun exige y anda,
medio responso:
(Que no están muertos sin estar ya vivos,
los pobres locos).

Por aquel niño de candor y sueños
que había escapado de la Vida-Herodes,

y que hoy, a golpes de maldad, sacaron
de mi cuerpo de hombre,
un sollozo muy leve:
(A ver si ha sido malherido sólo...
¡A ver si vuelve!)